

La educación rentable

FERNANDO SAVATER

Educar no sólo es preparar empleados, sino ante todo ciudadanos e incluso personas plena y conscientemente humanas, porque educar es «cultivar la humanidad»

Quienes además de los sobresaltos de la vida privada padecemos o disfrutamos también los de vida cultural, hemos tenido un disgusto seguido de una alegría. El disgusto, desde luego, ha sido la muerte del mexicano Carlos Fuentes, un novelista importante por la amplitud de sus registros y por su afán de prestigiar la literatura en castellano de ambas orillas del Atlántico. La alegría ha sido que el premio Príncipe de Asturias de Humanidades fuese a recaer este año en Martha Nussbaum, una profesora norteamericana de filosofía especialmente vinculada a temas educativos y a la formación integral de ciudadanos democráticos. Algunos de los que nos dedicamos desde hace décadas a cuestiones semejantes nos hemos sentido también un poco recompensados junto con ella.

La neoyorkina Martha Craven, que al estilo americano adoptó el apellido Nussbaum al casarse, ha sido profesora en diversas universidades (ahora los es en la de Chicago) y ha publicado obras importantes sobre clásicos griegos ('La fragilidad del bien' es mi preferida), feminismo y multiculturalismo. Pero quizá lo más interesante para el público español en el momento presente resulte ser su defensa de una educación basada en el humanismo y orientada a la formación cívica y no solo a la adquisición de destrezas laborales. O sea precisamente el objetivo que siempre se propuso la denostada asignatura de Educación para la Ciudadanía, que el actual ministro de Educación se apresuró a derogar nada más llegado al cargo... Nussbaum ha publicado dos libros sobre esta cuestión, ambos traducidos: 'El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma de la educación liberal' (ed. Paidós) y 'Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades' (ed. Katz). Este último, más breve y concentrado, es el que quisiera hoy recordar con mayor detalle.

Nussbaum considera 'humanidades' aquellas disciplinas académicas que desarrollan el pensamiento crítico y la imaginación narrativa, como la filosofía, la historia, la literatura, la sociología, los estudios clásicos, etc... Es decir, las que se ocupan no tanto de los medios técnicos para conseguir nuestros fines sino de los propios fines de la vida en una sociedad democrática. Pero ocurre que actualmente se tiende a considerar implícita o explícitamente que esas materias son algo así como lujos o adornos frente a las verdaderamente rentables, es decir las están directamente implicadas en la prosperidad económica. De modo que, dice Nussbaum, «nos vemos obligados a elegir entre una forma de educación que promueve la renta-

bilidad y una forma de educación que promueve el civismo». Esta tendencia se acentúa indudablemente en una época de crisis como la actual: «La presión por lograr el crecimiento económico ha llevado a muchos líderes de Europa a reformular la totalidad de la educación universitaria en términos orientados hacia el crecimiento, indagando acerca de cuál es la contribución que hacen a la economía cada una de las disciplinas y cada uno de los investigadores». Y eso no es sólo cierto de la educación universitaria sino de la educación en general, desde sus primeros pasos. Lo que Nussbaum dice de los niños y adolescentes en la India me parece por desgracia también cierto en países como el nuestro: «La mayoría de ellos fueron criados con la idea de que conseguir un buen trabajo es el objetivo principal de la educación. El concepto de que las personas deben aprender cosas que las preparen para ejercer su ciudadanía de mane-

ra activa y reflexiva es una idea que jamás se les cruzó por el camino».

Lo que Nussbaum llama la capacidad socrática, es decir la aptitud para razonar y analizar objetivos de convivencia, tropieza con una incomprensión que se inicia en los mismos métodos de evaluación de los estudiantes. «En tanto los exámenes estandarizados se convierten en norma para evaluar el desempeño de las escuelas, los aspectos socráticos de los programas curriculares y de los métodos pedagógicos corren el riesgo de quedar atrás». Por ejemplo en los informes PISA, hay cuestiones de difícil cuantificación que

rara vez aparecen con la debida relevancia, porque «el pensamiento crítico y la imaginación narrativa, al igual que las aptitudes necesarias para ser un buen ciudadano del mundo, no son capacidades que puedan evaluarse mediante pruebas cuantitativas de opciones múltiples». De este modo quedan arrinconadas esas formas de enseñanza por el sistema misma de valoración empleado en las aulas.

La rentabilidad económica del aprendizaje y la formación laboral que transmite no son desdeñables, sin duda. Pero educar no es sólo preparar empleados, sino ante todo ciudadanos e incluso personas plena y conscientemente humanas, porque educar es «cultivar la humanidad» y no sólo preparar para triunfar en el mercado laboral. Esa es la verdadera rentabilidad democrática de la formación educativa y la adquisición de esa riqueza es algo cuya reivindicación nunca debe abandonarse. Es mérito de Martha C. Nussbaum haber insistido en ello y por eso quienes compartimos su inquietud celebramos el galardón que acaba de otorgársele.



:: JOSE IBARROLA